



Fraternalidad de Laicos Cavanis
Casa Sacro Cuore, ISTITUTO CAVANIS
Via Col Draga – POSSAGNO (TV)

MONASTERIO INVISIBLE - 02.12.2024

¡Queridos!

Mientras, en la inminencia del tiempo de Adviento, me disponía a redactar este escrito, me encontré reflexionando sobre el hermoso relato que Lucas dedica al encuentro de Jesús con Zaqueo, y lo percibí como significativo para nosotros y para nuestro camino como asociación. Después de tantas reflexiones sobre la oración, alimentadas por la enseñanza de las parábolas utilizadas por Jesús (la viuda insistente, el fariseo y el publicano, ...), en el encuentro con Zaqueo irrumpe en escena la experiencia concreta. En el texto se nos presenta un doble movimiento: Jesús que entra y atraviesa la ciudad de Jericó y Zaqueo que corre hacia adelante y se sube a un sicómoro. De Zaqueo, Lucas dice además que “buscaba ver quién era Jesús”; este deseo es el impulso que activa su acción: *quiere ver a Jesús* y, para superar los impedimentos que se lo dificultan, corre hacia adelante y sube al sicómoro. Esta iniciativa de Zaqueo provoca la respuesta de Jesús, quien alza la mirada, lo busca y le dice: “¡Zaqueo, baja pronto, porque hoy debo hospedarme en tu casa!”. Al igual que en la dinámica sacramental, se pueden reconocer dos ámbitos específicos de acción: *el actuar de Dios*, que se inclina a encontrarse con el hombre y a elevarlo (lo que la teología llama *opus operatum*), y *el actuar del hombre*, que se dispone a encontrarse con la gracia y a acogerla (según el mismo lenguaje teológico: *opus operantis*). Del encuentro entre estas dos libertades, la de Dios y la del hombre, nace como resultado la conversión. Jesús entra en la casa de Zaqueo, y este, a su vez, dona la mitad de sus bienes a los pobres y, de lo que ha defraudado, devuelve cuatro veces más. No hay una petición expresa a Zaqueo para que actúe de esta manera, simplemente, después del encuentro con Cristo, él es nuevo y diferente, cambia su forma de ver la realidad, y por eso, su manera de actuar. Realmente, en Jesús de Nazaret, Dios muestra su rostro, que el evangelista describe con la siguiente frase: “no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan”. Dejemos que el Espíritu Santo nos guíe, desde las páginas del Evangelio hacia la concreción de la vida y pidámosle una mirada de fe para sentir en nuestro interior ese mismo deseo de ver a Jesús que experimentó Zaqueo. Nuestra realidad asociativa, con sus límites y la pobreza de medios de los que dispone, bien puede ser lo que fue el pequeño árbol de sicómoro para Zaqueo, subir a él significa reconocerlo como la oportunidad concreta e histórica que Dios nos ofrece para encontrarnos con Jesús y para avanzar de manera nueva hacia nuestros hermanos. Nuestro sicómoro es, sin duda, aquel mismo árbol plantado por los venerables hermanos Cavanis hace más de dos siglos, cuyas ramas han crecido a lo largo del tiempo para que también nosotros pudiéramos habitar en ellas.

Massimo Mazzuco

Evangelio (Lc 19, 1-9)

Del Evangelio según san Lucas

Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: “Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa”. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: “Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador”. Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo”. Jesús le dijo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham”.

Palabra del Señor.

P. Diego Spadotto, en la memoria del 249º aniversario del P. Antonio Cavanis: “Si queremos vencer la oscuridad, hagamos brillar la santidad”, en www.santitacavanis.org/fratelli-cavanis/documenti/, doc. n.º 11.

La historia de la Causa de Beatificación de los Venerables Siervos de Dios P. Antonio y P. Marcos Cavanis es una historia larga, con interrupciones, reinicios, muchos olvidos y períodos de absoluta falta de confianza en su vida santa. Hubo dos momentos de cierta actividad con los postuladores **P. Aldo Servini y P. Giovanni De Biasio**. Por lo demás, se ha visto un cansancio repetitivo en la recitación de la “oración” por su beatificación, sin novedad alguna. **“Piensa en un piano. Las teclas tienen un principio y un final. Sabes que son 88. No son infinitas. Pero tú eres infinito, y dentro de esas teclas, infinita es la música que puedes tocar”** (*A. Baricco*). Digamos que somos pocos y poco conocidos, solo “88”, y así no intentamos tocar una música nueva y sencilla para promover la devoción a los **“santos de nuestra casa”**. No logramos tocar una música de santidad como la suya: siempre fieles, auténticos intérpretes de la Palabra de Dios, durante toda su larga vida. Tal vez aún no hemos comprendido dónde reside la belleza y la originalidad de su santidad. Si hoy, en la Congregación, queda aún algo de santidad, se lo debemos a ellos. No nos quejemos porque aún no han sido declarados Beatos y Santos por la Iglesia. Más bien, ayudemos a la Iglesia a declararlos santos, convirtiéndonos nosotros en santos. Si queremos vencer la oscuridad, encendamos la luz y dejemos de gritarle a la oscuridad.

La santidad de P. Antonio y P. Marcos, que el Señor nos regala cada día, no tenemos derecho a guardarla solo para nosotros; debemos ponerla al servicio de la Iglesia y del mundo de los jóvenes, de lo contrario, se perderá en nuestra mediocridad. La crisis sanitaria, económica, social y eclesial es una oportunidad propicia para una breve reflexión **sobre el significado de la crisis de santidad**

en nuestra vida religiosa y para no confundir la crisis con el clima de conflicto que sigue reptando en la Congregación. Las crisis suelen tener un resultado positivo, mientras que los conflictos siempre generan competencia y antagonismo entre personas divididas en amigos a quienes amar y enemigos a quienes combatir. En las crisis se puede conservar una gran paz y serenidad, en la plena conciencia de que todos somos solo **“siervos inútiles”** (Lc 17,10), a quienes el Señor ha mostrado misericordia.

(...)

La Congregación no puede continuar siendo un cuerpo en conflicto, con vencedores y vencidos, porque **«de este modo difundirá temor, se volverá más rígida, menos sinodal e impondrá una lógica uniforme y uniformadora, tan alejada de la riqueza y pluralidad que el Espíritu ha dado a la Congregación».** En este sentido, todas las resistencias que ponemos para entrar en un camino de santidad iluminados por el Espíritu nos condenan a permanecer solos y estériles. No obstaculicemos la obra de la Gracia de Dios, que quiere manifestarse en nosotros y a través de nosotros. Si realmente deseamos un cambio, debemos tener el valor de una disponibilidad total para la conversión y caminar en santidad de vida. Debemos dejar de pensar en los cambios como un simple remiendo en una prenda vieja. No se trata de remendar un vestido, porque la Congregación no es simplemente una “prenda”, sino una historia de santidad. **“Revístanse de Cristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre”** (Hb 13,8), para que quede claro que la Gracia que se nos da, no proviene de nosotros, sino de Dios. Es el Señor quien nos santifica. Es bueno recordar que la primera finalidad de ser consagrados es la búsqueda constante de la **“santificación personal”**. No se puede engañar en la santidad, como decía Jesús: *por muy blanqueados que estén, los sepulcros siempre serán sepulcros.*